

Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift

Los viajes de Gulliver

Traducción de Pollux Hernández

Ilustraciones de Milo Winter



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Gulliver's Travels*

Traducción revisada de Pollux Hernández
Cedida por Grupo Anaya. S. A.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: febrero de 2026

© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2ª1ª. 08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.es>

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial
o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase
a CEDRO (Centro Español de Derechos Repragráficos, www.cedro.org),
o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-4022-8

Depósito legal: B 745-2026

Impreso en Gohegraf

Impreso en España

CARTA DEL CAPITÁN GULLIVER A SU COMPADRE SYMPSON^{*}

Espero que estés dispuesto a admitir públicamente cuandoquiera que se te solicite que, con tus intensos y frecuentes apremios, conseguiste mi consentimiento para publicar un relato de mis viajes muy desordenado y sin corregir, y que te mandé que contrataras a algunos jóvenes caballeros de una u otra universidad para que lo ordenaran y revisaran el estilo, tal y como mi compadre Dampier hizo siguiendo mi consejo con su libro *Viaje alrededor del mundo*. Mas no recuerdo haberte dado poderes para permitir que se omitiera nada y mucho menos para que se añadiera algo, por lo cual, y en cuanto a esto último, repudio por la presente todo lo que haya de ese tenor y especialmente un párrafo sobre Su difunta majestad la reina Ana, de santísima y gloriosa memoria, aunque la respetaba y estimaba más que a cualquiera de la especie humana. Y tú o tu interpolador deberíais haber considerado que, por no ser ésa mi voluntad, era indecoroso elogiar a un animal de nuestra especie delante de mi amo houyhnhnm; y además que todo aquello era completamente falso, pues que yo sepa, estando como estuve en Inglaterra durante parte del reinado de su majestad, ella gobernó a través de un primer ministro, mejor dicho de dos incluso, uno después de otro, el primero de los cuales fue el lord de Goldophin y el segundo el lord de Oxford, de modo que me has hecho «decir lo que no era». De igual manera, en la descripción de la Academia de Proyectistas y en varios pasajes de mi discurso a mi amo houyhnhnm, has omitido ciertos detalles fundamentales o los has desmenuzado y alterado de tal forma que me veo mal para reconocer mi propia obra. Cuando en otra ocasión

^{*} A pesar de la fecha al final de esta carta, fue publicada por vez primera en la edición de 1735. El imaginario Gulliver se queja al imaginario Sympson de las libertades que se ha tomado en la edición anterior.

te insinuaba yo algo de esto en una carta, tuviste el gusto de contestar que temías ofender a alguien, que los que estaban en el poder vigilaban muchísimo la prensa y eran propensos no sólo a interpretar, sino también a castigar todo lo que tuviera visos de «indirecta», como creo que lo llamabas. Pero, por favor, ¿cómo podría aplicarse algo que dije hace tantos años a más de cinco mil leguas y en otro reino a cualquiera de los yahoos que ahora, según se dice, dirigen la manada, especialmente cuando ni temía ni pensaba en la desdicha que supone vivir bajo su poder? ¿No me asiste toda la razón del mundo cuando me quejo al ver cómo estos mismos yahoos se pasean en un vehículo tirado por houyhnhnms como si éstos fueran animales y aquéllos seres racionales? A decir verdad, uno de los principales motivos por los que me retiré aquí fue para evitar ver un espectáculo tan monstruoso y detestable.

Hasta aquí lo que creo conveniente decirte en relación contigo mismo y con la confianza que en ti deposité.

Quiero quejarme seguidamente de mi propia falta de juicio al dejarme persuadir por las súplicas y falsas razones tuyas y de otros, y muy en contra de mi gusto, para permitir que mis *Viajes* se publicaran. Te ruego traigas a la memoria cuántas veces te he pedido, cuando insistías sobre las razones de bien público, que consideraras que los yahoos son una especie animal absolutamente incapaz de enmendarse, mediante preceptos o con el ejemplo, y ahí está la prueba, pues en vez de presenciar cómo se pone punto final a todos los abusos y corruptelas, al menos en esta isleta, como yo podía lógicamente esperar, mira: después de más de seis meses de advertencia, no oigo que este libro mío haya producido ningún efecto que responda a mis intenciones. Te pedía me contaras en una carta que partidos y facciones habían sido abolidos, que los jueces eran íntegros y doctos, los abogados defensores honrados y modestos y con alguna pizca de sentido común, Smithfield una hoguera de pirámides de libros de leyes, la educación de la joven aristocracia completamente transformada, los médicos desterrados, las hembras yahoos ricas en virtud, honra, veracidad y buen juicio, los homenajes y recepciones de grandes ministros enteramente erradicados y barridos, el talento, el mérito y el saber recompensados, y todos los que deshonoran la prensa en prosa o verso condenados a no comer más que los trapos con que se fabrica su papel y a apagar la sed con su tinta. Con éstas y otras mil reformas contaba yo por tu apoyo, como en efecto se deducía claramente de los preceptos que se ofrecen en

mi libro. Y hay que reconocer que siete meses sobaban para corregir todos y cada uno de los vicios y locuras a los que los yahoos se ven sometidos, con sólo que por naturaleza contaran con la mínima inclinación hacia la virtud o la prudencia. Sin embargo, tan lejos estás de satisfacer mis expectativas en todas tus cartas que, al contrario, cada semana cargas al trajinero con libelos y claves y críticas y memorias y segundas partes, en las que veo se me acusa de censurar a los grandes estadistas, de degradar la humana naturaleza (que todavía les queda fe para llamarla así) y de ultrajar al sexo femenino. Hallo también que los autores de esos legajos no se ponen de acuerdo entre ellos mismos, pues algunos ni me reconocen como autor de mis propios *Viajes*, mientras otros me hacen autor de libros que me son absolutamente ajenos.

Veo también que tu impresor pone tan poco cuidado que confunde las ocasiones y equivoca las fechas de mis viajes y tornaviajes, y ni acierta con el año, ni acierta con el mes, ni acierta con el día. Y tengo entendido que del manuscrito original no ha quedado nada después de publicarse mi libro. Y yo no guardo copia de él. No obstante, te he enviado unas correcciones que puedes incluir si alguna vez se hace una segunda edición, aunque no puedo responder de ellas, sino que dejaré este asunto a mis juiciosos y benévolos lectores para que lo compongan como gusten.

He sabido que algunos de vuestros yahoos marinos encuentran mi vocabulario marineramente impropio en muchos pasajes y desusado hoy día. ¿Qué puedo hacer? En los primeros viajes, cuando era joven, me enseñaron los marineros más viejos y aprendí a hablar como ellos, pero desde entonces he descubierto que los yahoos marinos, igual que los terrestres, son propensos a usar palabras que se llevan, y que estos últimos las renuevan cada año; y tanto que, según puedo recordar, después de cada viaje de vuelta a mi país el dialecto viejo había cambiado tanto que me veía mal para entender el nuevo. Y observo que cuando un yahoo cualquiera viene de Londres a visitarme a mi casa movido por la curiosidad, ninguno de los dos podemos expresar nuestras ideas de manera inteligible para el otro.

Si el dictamen de los yahoos pudiera afectarme de alguna manera, tendría yo buena razón para quejarme de que algunos de ellos son tan cínicos como para pensar que mi libro de viajes es mera ficción, producto de mi cerebro, y han llegado incluso a insinuar que los houyhnhnms y los yahoos no son más reales que los habitantes de Utopía.

Debo confesar en verdad que en lo que se refiere a las gentes de Liliput, Brobdingrag (que así debería haberse transcrito esta palabra, y no incorrectamente Brobdingnag) y Laputa, no he oído que haya ningún yahoo tan petulante que discuta su existencia o las cosas que de ellos cuento, porque la verdad inmediatamente llena de convicción a cualquier lector. ¿Y es menos verosímil mi relato de los houyhnhnms o yahoos cuando es evidente que de los últimos hay en esta ciudad tantos miles que sólo se distinguen de sus hermanos animales del País de los Houyhnhnms en que «chapurrean» algo y no andan desnudos? Escribí para enmendarlos, no para que me aplaudan. El elogio unánime de toda su raza me importa menos que el relinchar de los dos houyhnhnms degenerados que tengo en el establo porque, degenerados y todo, todavía me ayudan a perfeccionarme en algunas virtudes sin mezcla alguna de vicio.

¿Osan pensar esos miserables animales que soy tan degenerado como para defender mi veracidad? Aun siendo yahoo, bien se sabe en todo el País de los Houyhnhnms que por las enseñanzas y ejemplo de mi ilustre amo pude en el plazo de dos años (aunque confieso que con la máxima dificultad) deshacerme de aquella diabólica costumbre de mentir, fingir, engañar y confundir, tan profundamente arraigada en las mismísimas almas de todos mis congéneres, especialmente los europeos.

Tengo otras quejas que hacer en relación con este engorroso tema, pero renuncio a molestarle o molestarte más. Debo confesar abiertamente que, desde que regresé por última vez, ciertas perversiones de mi naturaleza yahoo han renacido en mí al relacionarme con unos cuantos de tu especie, y en particular los de mi propia familia por necesidad inevitable; que, si no, nunca me hubiera metido en proyecto tan absurdo como el de reformar a la raza yahoo de este reino; pero ahora he terminado ya con todos esos planes de visionario para siempre.

2 de abril de 1727

EL EDITOR AL LECTOR

El autor de estos *Viajes*, don Lemuel Gulliver, es un íntimo y viejo amigo mío; además tenemos algo de parientes por parte de madre. Hace unos tres años el señor Gulliver, cansándose de la multitud de gente curiosa que iba a verlo a su casa de Redriff, adquirió un pequeño terreno con una casa cómoda cerca de Newark, en el condado de Nottingham, su patria chica, donde ahora vive retirado, mas gozando de mucha estima entre sus vecinos.

Aunque el señor Gulliver naciera en el condado de Nottingham, donde su padre vivía, le he oído decir, sin embargo, que su familia provenía del de Oxford, declaración que confirman varias tumbas y monumentos de los Gulliver que yo he visto en el cementerio de Banbury.

Antes de salir de Redriff dejó en mis manos la custodia de los papeles que reproduzco a continuación, con autorización para disponer de ellos como me pareciera conveniente. Helos leído detenidamente tres veces. El estilo es claro y sencillo, y el único defecto que encuentro es que el autor, como todo buen viajero, abusa un poquito de los detalles. Se respira una atmósfera de verdad en toda la obra, y efectivamente el autor era tan bien conocido por su veracidad, que entre sus convecinos de Redriff, cuando alguien afirmaba algo, vino a considerarse proverbial añadir que era tan cierto como si lo hubiera dicho el señor Gulliver.

Por consejo de varias personas respetables, a quienes he hecho partícipes de estos escritos con permiso del autor, me aventuro ahora a echarlos al mundo, esperando que puedan ser, al menos por algún tiempo, mejor distracción para nuestros jóvenes aristócratas que las garambainas al uso de políticas y partidos.

Este volumen abultaría el doble si no me hubiera atrevido a eliminar innumerables pasajes en jerga marinera sobre vientos y mareas, así como sobre marcaciones y declinaciones de los distintos viajes, junto con las minuciosas descripciones sobre el pilotaje del barco en la tormenta y la relación de longitudes

y latitudes. Creo que no me equivoco al sospechar que el señor Gulliver puede no estar muy satisfecho de esto, mas estaba yo resuelto a adaptar la obra en lo que fuera posible a la capacidad media de los lectores. No obstante, si mi ignorancia en cosas del mar me ha llevado a cometer alguna falta, sólo yo soy responsable y, si algún viajero siente curiosidad de ver toda la obra completa tal y como salió de la mano del autor, estaré dispuesto a complacerlo.

En cuanto a cualquier otro detalle sobre el autor, el lector encontrará cumplida cuenta en las primeras páginas del libro.

RICHARD SYMPSON

Primera parte

Viaje a Liliput

CAPÍTULO 1

El autor da breve cuenta de sí y de su familia; lo que en principio lo movió a viajar. Naufraga e intenta ponerse a salvo nadando; alcanza indemne la costa del país de Liliput; es hecho prisionero y llevado tierra adentro.

Tenía mi padre una pequeña hacienda en el condado de Nottingham y era yo el tercero de cinco hijos. Cuando tuve catorce años, me mandó al colegio Emanuel de Cambridge, donde residí tres años y me dediqué concienzudamente a mis estudios. Pero, aun cuando la ración que recibía era muy exigua, los gastos del pupilage eran demasiado elevados para una fortuna menguada y me colocaron de aprendiz con el señor James Bates, eminente médico londinense con quien permanecí cuatro años. Y, como mi padre me enviara alguna que otra vez pequeñas cantidades de dinero, las empleé en aprender el arte de navegar y otras ramas de la matemática que son útiles a quien intenta viajar, pues siempre creí que alguna vez ése sería mi destino. Cuando me despedí del señor Bates, fui a ver a mi padre y, con su ayuda, la de mi tío John y la de algún otro pariente, conseguí cuarenta libras y la promesa de otras treinta anuales para mantenerme en Leiden, donde estudié Medicina durante dos años y siete meses, convencido de que me sería útil en los largos viajes.

Poco después de mi regreso de Leiden, mi buen maestro, el señor Bates, me recomendó como oficial médico para el *Swallow*, al mando del capitán Abraham Pannell, con quien en tres años y medio hice uno o dos viajes a Levante y a otras partes. Cuando regresé, decidí establecerme en Londres, a lo cual el señor Bates, mi maestro, me animaba, y él mismo me recomendó a varios pacientes. Alquilé parte de una casa pequeña en la Judería Vieja y, tras aconsejarse cambiar de estado me casé con doña Mary Burton, segunda hija de don Edmond Burton,

calcetero de la calle Puerta Nueva, con la cual recibí una dote de cuatrocientas libras.

Pero con la muerte de mi buen maestro Bates dos años después, y contando con pocos amigos, los negocios empezaron a irme mal, pues no cabía en mi conciencia verme imitando las malas artes de muchísimos de mis colegas. Tras consultarlo, pues, con mi esposa y algunas amistades, determiné embarcarme de nuevo. Fui oficial médico en dos barcos y viajé varias veces en el plazo de seis años a las Indias Orientales y Occidentales, con lo cual conseguí aumentar moderadamente mi fortuna. El tiempo libre lo pasaba leyendo a los mejores escritores antiguos y modernos, pues disponía siempre de un buen número de libros; y cuando desembarcábamos, me dedicaba a observar las costumbres y el temperamento de los habitantes, así como a aprender su lengua, cosa que se me daba muy bien por mi buena memoria.

Comoquiera que el último de estos viajes no resultara muy dichoso, me cansé del mar y decidí quedarme en casa con mi mujer y mis hijos. De la Judería Vieja me trasladé a la travesía Fetter, y de allí a Wapping, con la esperanza de hacer clientes entre la marinería, pero la cosa no resultaba como había imaginado. Después de tres años esperando que las cosas mejoraran, acepté una conveniente propuesta del capitán William Prichard, patrón del *Antelope*, que se disponía a partir hacia los mares del Sur. Zarpamos de Bristol el 4 de mayo de 1699, y el viaje fue inicialmente muy venturoso.

Por varias razones no sería pertinente importunar al lector con los detalles de nuestras aventuras en aquellos mares; sea suficiente informarlo de que al cruzarlos rumbo a las Indias Orientales fuimos arrastrados por una violenta borrasca hacia el noroeste de la Tierra de Van Diemen. Hecha la estima, nos encontramos a 30 grados 2 minutos de latitud sur. Doce tripulantes habían muerto del excesivo bregar y la mala comida, y los demás se encontraban muy débiles. El 5 de noviembre, que es cuando comienza el verano en aquellas regiones, y a través de una bruma espesa, los marineros pudieron percibir un escollo como a medio cable de la nave, pero el viento era tan fuerte que nos arrastró bruscamente hacia él, estrellándonos al instante. Seis miembros de la tripulación, yo entre ellos, lanzamos el bote al agua y a duras penas conseguimos alejarnos del navío y del escollo. Bogamos según mis cálculos unas tres leguas hasta que no pudimos continuar, agotados como estábamos por el esfuerzo ya antes de abandonar el barco. Así

pues, nos entregamos a la merced de las olas y, al cabo de una media hora, una brusca ráfaga del norte hizo zozobrar el bote. Lo que fue de mis compañeros, tanto los del bote como los que escaparan en el escollo o permanecieran en el navío, no lo puedo referir, mas colijo que perecieron. Por mi parte nadé a la buena de Dios, empujado por el viento y la marea. Repetidas veces traté de hacer pie sin poder tocar fondo, pero, cuando ya me encontraba a punto de desfallecer e incapaz de cualquier otro esfuerzo, me encontré con que el agua no me cubría; para entonces el temporal había amainado un tanto. La pendiente del fondo era tan leve que hube de andar casi una milla para llegar a la playa, cosa que conseguí a eso de las ocho de la tarde. Caminé luego una media milla hacia el interior sin descubrir señal alguna de casas o habitantes, aunque quizá debido a lo débil que me encontraba ni noté su presencia. Estaba sumamente cansado, lo que, con el calor reinante y el casi cuartillo de coñac que bebiera al abandonar el barco, hizo que me sintiera con hartas ganas de dormir. Me eché sobre la hierba, que era muy corta y suave, y dormí tan profundamente como no recuerdo haberlo hecho en mi vida, durante más de nueve horas, según calculé, pues amanecía cuando desperté. Fui a levantarme pero no pude moverme: tendido como estaba de espaldas, descubrí que tenía los brazos y las piernas firmemente sujetos al suelo por ambos lados, y el pelo, largo y espeso, atado de la misma manera. Además sentía unas tenues ligaduras de lado a lado del cuerpo desde los sobacos hasta los muslos. Lo único que podía hacer era mirar para arriba; el sol comenzaba a calentar y la luz me hería la vista. Podía oír un ruido confuso a mi alrededor, pero en la postura en que estaba no podía ver otra cosa que el cielo. A poco sentí que algo se movía sobre mi pierna izquierda y que, avanzando blandamente sobre el pecho, me llegaba hasta cerca de la barbilla; dirigiendo los ojos hacia abajo cuanto pude, observé que se trataba de un ser humano de menos de quince centímetros, que traía en las manos un arco con flecha y una aljaba a la espalda. Al mismo tiempo sentí que al menos otros cuarenta de la misma especie, según supuse, venían tras el primero. Mi asombro fue mayúsculo y solté un rugido tan fuerte que todos ellos echaron a correr despavoridos, lastimándose algunos, como después se me dijo, en las caídas que sufrieron al saltar desde mis costados al suelo. Sin embargo, pronto volvieron, y uno de ellos que se aventuró tan cerca como para verme toda la cara, levantando las manos y los ojos para expresar su estupor, gritó con voz chillona pero clara: «hekinah degul»; los otros

repetieron las mismas palabras, pero yo no supe entonces qué querían decir. Como el lector puede suponer, continuaba allí tendido con gran desasosiego. Por fin, haciendo esfuerzos por liberarme, tuve la buena fortuna de romper las cuerdas y arrancar las estacas que me sujetaban el brazo izquierdo al suelo, pues, al llevármelo a la cara, descubrí que no eran otros los medios que habían usado para atarme; al mismo tiempo, y de un tirón brusco que me produjo grandísimo dolor, aflojé un poco las cuerdas que me sujetaban el pelo del lado izquierdo, de modo que conseguí girar la cabeza unos cinco centímetros. Pero aquellas criaturas huyeron de nuevo antes de que pudiera agarrarlas, tras lo cual se oyó un alarido sobremanera estridente y, cuando cesó, oí que una de ellas gritó «tolgo phonac», e inmediatamente sentí cómo me dispararon sobre la mano izquierda más de un centenar de flechas, que se me clavaron como otras tantas agujas. Además dispararon otra oleada de flechas al aire, tal y como hacemos nosotros con las bombas en Europa, de las que muchas, según creo, me cayeron sobre el cuerpo, aunque no las sentí, y algunas en la cara, que me apresuré a proteger con la mano izquierda. Cuando esta lluvia de flechas terminó, lancé un quejido de pesadumbre y dolor, y luego, mientras forcejeaba nuevamente por desatarme, soltaron otra descarga más cerrada que la primera, y algunos trataron de clavarme sus lanzas en los costados, pero por suerte llevaba encima un jubón de ante que no pudieron atravesar. Pensé que lo más prudente era quedarme quieto, y mi intención era continuar así hasta el anochecer, cuando, como tenía libre la mano izquierda, podría liberarme fácilmente; y, en cuanto a los nativos, podía lógicamente creer que me sería posible hacer frente al más numeroso ejército que pudieran enviar contra mí, si eran todos de la misma talla que el primero que vi. Pero la fortuna dispuso de mí de otro modo. Cuando aquella gente notó que me había calmado, dejó de disparar flechas, aunque, al acrecentarse el ruido, conocí que su número aumentaba; y, como a cuatro metros enfrente de la oreja derecha, pude escuchar unos golpes como de gente trabajando, que se prolongaron más de una hora, cuando, volviendo la cabeza para aquel lado tanto como me permitían las cuerdas y estacas, vi una plataforma de aproximadamente medio metro de alta, con dos o tres escalerillas para subir y en la que cabían cuatro de ellos, uno de los cuales, que parecía ser persona de categoría, me soltó un discurso del que no entendí ni una sílaba. Debí haber mencionado que antes de que aquel discolortinguido personaje comenzara su declamación gritó tres veces: «langro

dehul san» (éstas y las anteriores palabras se me repitieron y explicaron después), a lo que inmediatamente unos cincuenta nativos se acercaron y cortaron las cuerdas que me sujetaban la parte izquierda de la cabeza, lo cual me permitió girarla hacia la derecha y contemplar la figura y el semblante del que iba a hablar. Parecía de mediana edad y más alto que los tres que lo acompañaban, de los cuales era uno un paje que le sostenía la cola y que parecía medir poco más que mi dedo corazón, mientras que los otros dos se situaban uno a cada lado en calidad de asistentes. Representó el papel de un verdadero orador y pude advertir muchas frases de amenaza y otras de promesas, de lástima y de benevolencia. Respondí con breves palabras, pero de la manera más sumisa, levantando la mano izquierda y los ojos hacia el sol, como poniéndolo por testigo. Y como me encontrara muerto de hambre, puesto que no había probado bocado desde varias horas antes de abandonar el navío, me sentía tan apremiado por las exigencias de la naturaleza, que no pude contener la exteriorización de mi impaciencia (contraviniendo tal vez las estrictas reglas de la buena educación) metiéndome el dedo en la boca repetidas veces para indicar que necesitaba comer. El *hurgo*, que así llaman a los grandes señores, como después averigüé, me entendió muy bien. Descendió de la plataforma y mandó colocar varias escaleras junto a mis costados, por donde subieron más de un centenar de nativos, que caminaron hacia mi boca cargados con cestos llenos de comida suministrada y enviada por orden del emperador en cuanto tuvo conocimiento de mí. Advertí que había carne de diferentes animales, pero no pude distinguir de cuáles por el sabor. Había paletillas, pernils y lomos de la misma forma que los de cordero y muy bien adobados, pero más pequeños que alas de alondra. Comía dos o tres en cada bocado, y los panes, del tamaño de balas de mosquete, los tomaba de tres en tres. Me servían tan aprisa como podían, expresando de mil modos la admiración y asombro que les causaban mi corpulencia y apetito. Hice luego otro ademán como que necesitaba beber. Por lo que había comido entendieron que una pequeña cantidad no me sería suficiente y, como fueran gente sumamente ingeniosa, izaron con gran maña uno de los más grandes toneles que tenían, lo hicieron rodar hasta mi mano y desvencijaron la tapa; me lo bebí de un trago, que bien pude, pues apenas contenía un cuartillo, y sabía como a un vino ligero de Borgoña pero mucho más delicioso. Trajéronme un segundo tonel, que bebí de la misma manera, e hice señas de querer más, pero no les quedaba ningún otro. Cuando hube realizado

estas maravillas, gritaron jubilosos y bailaron sobre mi pecho, mientras repetían varias veces como al principio: «hekinah degul». Por señas me dijeron que tirara al suelo los dos toneles, no sin antes advertir a los que estaban debajo que se retiraran gritándoles «borach mivola» y, cuando vieron los barriles por el aire, se oyó el grito unánime de «hekinah degul». Confieso que más de una vez estuve tentado, mientras iban y venían sobre mi cuerpo, de agarrar a cuarenta o cincuenta de los primeros que se pusieran a mi alcance y estrellarlos contra el suelo. Mas el recuerdo de lo que había experimentado, que no era quizá lo peor que pudieran hacerme, y la palabra de honor que les di, pues así interpretaba yo mi dócil conducta, disiparon pronto tales maquinaciones. Además, ahora me consideraba como sometido a las leyes de hospitalidad de unas gentes que me habían regalado con tanto gasto y magnificencia. De todos modos, interiormente no podía dejar de admirar la valentía de aquellos diminutos mortales que osaban aventurarse a subírseme encima y deambular por allí, teniendo yo una mano libre, sin temblar de sólo ver tan descomunal criatura como debo haber parecido a sus ojos. Al cabo de un rato, cuando vieron que ya no pedía más comida, apareció ante mí un personaje de alto rango de parte de su majestad imperial. Su excelencia, tras subir por la parte más estrecha de mi pierna derecha, avanzó hacia delante hasta mi cara con cerca de una docena de su séquito y, presentando sus credenciales con el sello real, que me puso delante de los ojos, habló durante diez minutos sin muestras de enfado, pero con un algo de enérgica resolución y apuntando de vez en cuando al frente, que era, como posteriormente descubrí, en dirección la capital, distante media milla aproximadamente, y adonde su majestad, reunida con su Consejo, había acordado que se me debería conducir. Respondí con pocas palabras, que no surtieron efecto, y luego, con un ademán de la mano que tenía suelta (poniéndola sobre la otra y por encima de la cabeza de su excelencia por temor de lastimarlo, a él o a sus acompañantes, y después sobre la cabeza y el cuerpo), indiqué que quería la libertad. Parece que me entendió bastante bien, pues meneó la cabeza como indicando desaprobación, y extendió la mano de una manera que significaba que se me debería conducir como a un prisionero. Hizo, sin embargo, otros gestos para darme a entender que se me daría suficiente comida y bebida y muy buen trato. Con esto pensé una vez más en intentar romper las ligaduras, pero sintiendo el escozor de las flechas en la cara y las manos, cubiertas todas de ampollas, y muchos de los dardos aún clavados,

y observando además que el número de enemigos seguía aumentando, les hice señas, dándoles a entender que podían hacer conmigo lo que quisieran. Con esto el *hurgo* y su cortejo se retiraron con mucho cumplido y alegre el semblante. Oí luego un grito general y las palabras «peplom selan» repetirse una y otra vez, y sentí que gran número de los que estaban a mi lado izquierdo aflojaban las ligaduras, de tal modo que pude darme la vuelta sobre el costado derecho y aliviarme haciendo aguas menores, que fueron harto copiosas y causaron gran admiración a aquella gente, que, entendiendo por mis movimientos lo que me disponía a hacer, se apartó a izquierda y derecha en aquella parte para esquivar el torrente que con tan gran estruendo y fuerza de mí caía. Pero con anterioridad me habían embadurnado la cara y las manos con una especie de ungüento de olor muy agradable, que en pocos minutos eliminó el escozor de los flechazos. Estas cosas y el bienestar que me depararon la comida y la bebida, todo de mucho alimento, me dispusieron al sueño. Como se me aseguró después, dormí alrededor de ocho horas, y no es de extrañar, pues los médicos, por orden del emperador, habían mezclado una poción soporífera con el vino de los toneles.

Parece ser que en cuanto se me descubrió dormido en el suelo, después de mi arribada, el emperador recibió pronta noticia de ello por un emisario especial, y determinó ante su Consejo que se me atara de la manera que he referido (cosa que se llevó a cabo durante la noche mientras dormía), que se me enviara comida y bebida en abundancia, y que se aprestara una máquina para transportarme a la capital.

Esta decisión puede quizá parecer demasiado atrevida y peligrosa, y supongo que ningún soberano de Europa en semejante coyuntura la imitaría, aunque en mi opinión fue sumamente juiciosa a la par que benevolente, pues, suponiendo que aquella gente hubiera hecho lo posible por conseguir matarme con sus lanzas y flechas mientras me encontraba dormido, lo más seguro es que me habría despertado al sentir la primera punzada, que habría suscitado en mí tal furia y violencia como para permitirme romper las cuerdas con las que estaba atado, tras lo cual, de la misma manera que no podían ofrecerme resistencia, no hubieran podido esperar misericordia.

Esta raza está excelentemente dotada para las matemáticas y ha alcanzado una gran perfección en la rama de la mecánica, mediante el favor y estímulo del emperador, que es un célebre patrono del saber. Este monarca posee varias

máquinas montadas sobre ruedas para el transporte de árboles y otros grandes pesos. Suele construir sus mayores buques de guerra, algunos de los cuales miden casi tres metros, en los bosques donde se da la madera, y sobre estas máquinas los transporta trescientos o cuatrocientos metros hasta el mar. Quinientos carpinteros y mecánicos se pusieron inmediatamente a trabajar para acondicionar la máquina más grande que tenían. Se trataba de una estructura de madera que se levantaba siete centímetros del suelo, tenía unos dos metros y medio de larga, y uno y cuarto de ancha, y se movía sobre veintidós ruedas. El grito que oí fue al llegar este aparato, que según parece se había puesto en camino cuatro horas después de mi llegada. Lo colocaron paralelamente a mí según me encontraba tendido. Pero lo más difícil era levantarme y colocarme sobre tal vehículo. Se erigieron ochenta postes de treinta centímetros cada uno, y unos fuertes cordeles del grueso del bramante se sujetaron con ganchos a un gran número de vendas que los obreros me habían enrollado alrededor del cuello, las manos, el tronco y las piernas. Novecientos hombres de los más fornidos se emplearon en tirar de estos cordeles a través de una serie de poleas montadas sobre los postes, y así, en menos de tres horas, me levantaron y depositaron sobre la máquina, donde me ataron fuertemente. Todo esto me lo contaron, pues mientras la operación entera tenía lugar estuve sumido en un sueño profundo a causa de aquel soporífero fármaco diluido en la bebida. Se emplearon mil quinientos corpulentos caballos del emperador, de unos diez centímetros de alzada, para remolcarme hasta la metrópoli, que, como queda dicho, distaba media milla.

A unas cuatro horas de comenzado el viaje desperté a causa de un gracioso incidente: habiéndose detenido el carruaje unos momentos para arreglar algo que no funcionaba, dos o tres jóvenes nativos sintieron curiosidad por ver mi apariencia de dormido, treparon a la máquina y, acercándoseme muy despacito a la cara, uno de ellos, oficial de la guardia, me metió la punta del chuzo un buen trecho en el orificio izquierdo de la nariz, lo cual me hizo cosquillas como si hubiera sido con una paja, y me hizo estornudar violentamente. Enseguida se escabulleron sin ser vistos, y pasaron tres semanas antes de enterarme de por qué me había despertado tan de repente. Hicimos una larga marcha el resto del día y durante la noche descansamos, yo con quinientos centinelas a cada lado, la mitad de ellos con antorchas, y la otra con arcos y flechas dispuesta a disparar si me daba por moverme. A la mañana siguiente, al salir el sol, reanudamos la marcha, y alrededor

del mediodía nos encontrábamos a unos doscientos metros de las puertas de la ciudad. El emperador y la corte en pleno salieron a recibirnos, pero los altos funcionarios imperiales de ninguna manera consintieron que su majestad pusiera en peligro su persona subiendo sobre mi cuerpo.

En el lugar donde el carruaje se detuvo había un templo antiguo considerado como el más grande de todo el reino, y al que de acuerdo con el firme sentir de aquella gente se tenía por lugar no sagrado, por haber sido profanado años atrás con un asesinato monstruoso; se había destinado por tanto a usos ordinarios, despojado de todo ornamento y mobiliario. En este edificio se decidió que tendría yo mi alojamiento. La gran puerta que daba al norte medía metro y cuarto de alta y más de medio de ancha, espacio por el que podía deslizarme con facilidad. A cada lado de la puerta había sendas ventanas a no más de quince centímetros del suelo. Por la de la izquierda los herreros del emperador introdujeron noventa y una cadenas del tipo de las que en Europa penden de un reloj de señora, y casi



igual de grandes, que me aseguraron a la pierna izquierda con treinta y seis candados. Enfrente del templo, al otro lado de la gran carretera, a seis metros de distancia, había un torreón de metro y medio de alto por lo menos. Allí subió el emperador con muchos distinguidos señores de su corte para tener ocasión de observarme, según se me refirió, pues yo no podía verlos. Se calcularon en más de cien mil los habitantes que salieron de la ciudad con el mismo propósito y, a pesar de la guardia, estimo que hubo no menos de diez mil que, unos tras otros, subieron sobre mí con ayuda de escaleras. Pero pronto se hizo público un bando prohibiéndolo bajo pena de muerte. Cuando los obreros se aseguraron de que me era imposible escapar, cortaron las cuerdas que me ceñían, tras lo cual me levanté en un estado de ánimo tan decaído como nunca en mi vida. Mas el clamor y la admiración de la gente al ver que me ponía en pie y caminaba no son para describirse. Las cadenas que me sujetaban la pierna izquierda medían dos metros aproximadamente y no sólo me dejaban libertad para andar de un lado a otro en un semicírculo, sino que, clavadas como estaban a diez centímetros de la puerta, me permitían entrar a gatas y echarme a la larga en el templo.

CAPÍTULO 2

El emperador de Liliput, acompañado de varios miembros de la nobleza, visita al autor en su reclusión. Descríbese la persona y el atuendo del emperador. Nombramiento de sabios para enseñar el idioma al autor, quien va ganando favor por su apacible disposición. Se le registran los bolsillos y se le despoja de la espada y las pistolas.

Cuando me vi de pie, miré alrededor y debo confesar que nunca contemplé panorama más acogedor. El campo en torno parecía un interminable jardín y los campos cercados, casi todos cuadros de unos doce metros de lado, semejaban otros tantos macizos de flores. Estos campos estaban entremezclados con bosques de unas diez áreas cada uno, y los árboles más altos, según pude juzgar, parecían tener dos metros de altura. A la izquierda vi la urbe, que parecía una ciudad pintada en el decorado de un teatro.

Llevaba ya varias horas extremadamente oprimido por los requerimientos de la naturaleza y no era de extrañar, pues hacía ya casi dos días que no me aliviaba. Me encontraba en grandes aprietos entre la premura y la vergüenza. La mejor salida que se me ocurría era deslizarme dentro de mi casa, así que lo hice y, cerrando la puerta tras de mí, avancé tanto como la longitud de la cadena lo permitía y liberé el cuerpo de aquella molesta carga. Pero fue ésta la única vez que fui culpable de acción tan sucia y por la cual no puedo sino esperar que el amable lector me concederá cierta indulgencia, una vez que considere detenida e imparcialmente el caso y el apuro en que me hallaba. A partir de aquello mi invariable costumbre fue realizar tal menester al aire libre en cuanto me levantaba y tan lejos como me permitía la cadena, y cada mañana, antes de recibir compañía, se tomaban los debidos cuidados para que dos criados destinados a tal menester

retiraran la ofensiva materia en carretillas. No me habría detenido tanto sobre una circunstancia que, quizás a primera vista, pueda parecer no muy trascendental, si no hubiera juzgado necesario justificar ante el mundo mi idiosincrasia en lo que se refiere a limpieza, que algunos de mis calumniadores, se me informa, se han tomado el gusto de poner en tela de juicio, basándose en ésta y otras ocurrencias.

Cuando esta peripecia dio fin, salí de la casa por necesidad de aire fresco. El emperador había bajado ya del torreón y venía hacia mí a caballo, lo que estuvo a punto de costarle caro, pues el animal, aunque bien amaestrado, mas en absoluto acostumbrado a vista semejante, que le parecía como una montaña que se moviera delante de él, se puso de manos; pero el soberano, que es un excelente jinete, se mantuvo en la silla hasta que sus asistentes corrieron a ayudarlo y sostuvieron las riendas hasta que su majestad tuvo tiempo de desmontar. Cuando se hubo apeado, me examinó de hito en hito con gran admiración, pero manteniéndose fuera del largo de mi cadena. Ordenó a sus cocineros y bodegueros, que ya estaban preparados, que me dieran de comer y beber, lo que hicieron en una especie de receptáculos con ruedas, que acercaron hasta ponerlos a mi alcance. Tomé estos receptáculos y pronto los vacié todos; veinte estaban llenos de comida y diez de licor. Cada uno de los primeros me deparó dos o tres buenos bocados, y el licor de diez recipientes, que venía en cantarillas de barro, lo vacié en uno de los receptáculos y me lo bebí todo de un trago, y lo mismo hice con el resto. La emperatriz y los jóvenes príncipes y princesas de sangre, acompañados de numerosas damas, estaban sentados a cierta distancia en sus calesines, mas con el incidente ocurrido al caballo del emperador se apearon y se acercaron a él, a quien ahora paso a describir. Su altura sobrepasaba, por casi el ancho de mi uña, la de cualquier otro en la corte, lo cual era suficiente de por sí para infundir respeto en los que lo miraban. Tenía las facciones recias y masculinas, con labio austro y nariz en arco, la tez aceitunada, erguido el tipo, tronco y extremidades bien proporcionados, los ademanes elegantes todos y el porte majestuoso. Por aquel entonces había pasado ya la flor de la vida, pues tenía veintiocho años y nueve meses, de los cuales había reinado más o menos siete con gran prosperidad, y generalmente victorioso. Por observarlo mejor me tendí de lado, de modo que mi cara vino a quedar paralela a la suya, y él se mantuvo a no menos de tres metros de mí; sin embargo, desde entonces lo he tenido muchas veces en la mano y no puedo por

tanto engañarme al describirlo. Su atuendo era muy corriente y simple, de corte entre asiático y europeo, pero llevaba en la cabeza un casco ligero de oro, adornado con piedras preciosas, y un penacho en la cimera. Para defenderse en caso de que me soltara, tenía en la mano la espada desenvainada, que medía casi ocho centímetros y tenía la empuñadura y la vaina de oro realzado con diamantes. Su voz era chillona pero muy clara y articulada, y yo podía oírla perfectamente cuando me ponía de pie. Las damas y cortesanos estaban todos magníficamente engalanados, de modo que el lugar donde estaban parecía como una saya extendida en el suelo y bordada con figuras de oro y plata. Su majestad Imperial me habló una y otra vez y yo respondía, pero ninguno de los dos pudo entender una sílaba. Estaban presentes sus clérigos y letrados (como colegí por la indumentaria), que tenían órdenes de dirigirme la palabra, y yo les hablé en tantas lenguas como conocía, aunque fueran las mínimas nociones, y que eran alto alemán, neerlandés, latín, francés, español, italiano y lengua franca, pero todo en vano. Después de unas dos horas la corte se retiró y me dejaron con una fuerte guardia, previniendo la impertinencia y tal vez la maldad de la chusma, que se mostraba muy impaciente por agolparse a mi alrededor tan cerca como osaba, y hubo algunos que tuvieron la insolencia de dispararme flechas mientras estaba sentado en el suelo a la puerta de mi casa, una de las cuales por poco me da en el ojo izquierdo. Pero el comandante ordenó arrestar a seis de los cabecillas y no se le ocurrió mejor castigo que ponerlos atados en mis manos, cosa que algunos de sus soldados en consecuencia hicieron, empujándolos hacia mí con el revés de las picas hasta ponerlos a mi alcance. Los cogí a todos en la mano derecha, puse a cinco en el bolsillo de la casaca, y en cuanto al sexto, hice una mueca como si fuera a comérmelo vivo. El pobre hombre chillaba de manera espantosa, y el comandante y sus oficiales estaban muy angustiados, especialmente al verme sacar la navaja; pero pronto disipé sus temores, pues con expresión apacible y cortando inmediatamente las cuerdas con que estaba atado, lo deposité suavemente en el suelo y huyó corriendo. Di a los otros el mismo trato, sacándolos del bolsillo uno a uno, y observé que tanto los soldados como la gente se sentían altamente complacidos por esta muestra de clemencia, de la cual se habló en la corte de manera muy favorable para mí.

Al anochecer me introduje con cierta dificultad en la casa y me eché en el suelo, cosa que seguí haciendo unos quince días, durante los cuales el emperador

dio órdenes de que se me preparara una cama. Se transportaron en carruajes seiscientos colchones de tamaño normal y dentro de la casa se les fue dando forma; componían el largo y ancho ciento cincuenta colchones, y todo esto, repetido cuatro veces en capas superpuestas, no supuso sin embargo mucha diferencia a la hora de protegerme de la dureza del suelo, que era de piedra lisa. De acuerdo con el mismo cálculo me suministraron sábanas, mantas y colchas lo bastante aceptables para alguien que como yo llevaba tanto tiempo acostumbrado a pasar calamidades.

La nueva de mi llegada, al extenderse por el reino, llevó a muchedumbres de gente rica, desocupada y curiosa a verme, de manera que los pueblos se quedaban casi vacíos, y un gran abandono de las labores agrícolas y domésticas habría resultado si su majestad imperial no hubiera tomado precauciones por medio de varios bandos y disposiciones de gobierno contra tal inconveniente. Decretó que quienes ya me habían visto debían volverse a sus hogares y no atreverse a poner los pies a menos de cincuenta metros de mi casa sin licencia de la corte, con lo cual los ministros percibieron cuantiosos honorarios.

Mientras tanto, el emperador convocaba una y otra vez juntas para discutir el procedimiento que debería seguirse conmigo; y es que, como después me aseguró un amigo íntimo, persona de gran calidad y que estaba en el «secreto» como el que más, la corte estaba teniendo grandes problemas a cuenta mía. Sospechaban que me escaparía, o que resultaría carísimo mantenerme y podría causar una hambruna. Determinaban dejarme morir de hambre, o al menos clavarme flechas envenenadas en la cara y las manos, lo cual acabaría conmigo enseguida; pero volvían a considerar que el hedor de un cadáver tan grande podría dar lugar a una peste en la capital y quizá propagarla por todo el reino. En medio de estas consultas, llegaron varios oficiales del Ejército a la puerta de la Gran Cámara del Consejo y, habiéndose admitido a dos de ellos, dieron cuenta de mi conducta para con los seis delincuentes antedichos, hecho que causó una impresión tan favorable para mí en el corazón de su majestad y de todos los consejeros, que se despachó una comisión imperial que obligara a todos los pueblos situados en un radio de ochocientos metros de la capital a suministrarme cada mañana seis reses vacunas, cuarenta ovejas y otras provisiones para mi sustento, amén de una cantidad proporcional de pan, vino y otros licores, en justo pago de lo cual su majestad expidió libranzas con cargo al Tesoro. Pues vive este soberano principalmente